

# EL PACTO DE CIUDAD JUÁREZ

Cerca de la medianoche del 10 de junio de 2011 —en otro aniversario doloroso, el del crimen perpetrado contra los estudiantes en 1971— al pie del Monumento a Benito Juárez, se firmó el Pacto Ciudadano para poner fin a la violencia. Un joven participante en las mesas de trabajo realizadas en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, recordó que hace cien años se firmó otro pacto en la misma ciudad entre las fuerzas revolucionarias y el gobierno de Porfirio Díaz que puso fin a la dictadura. Enlazó ambos acontecimientos, para colegir que el que se signaría por la noche debería ser el principio del fin de esta pesadilla nacional cegadora de la vida de jóvenes sobre todo y causante de sufrimiento por dondequiera que pasa. Esperemos que su voz sea de profeta y que este llamamiento ponga en pie a las fuerzas sociales que pueden transformar a México y por lo pronto, devolverle la paz.

En el documento aprobado finalmente, se exigen cuentas y responsabilidades al gobierno. Algunos han objetado tales reclamos, arguyendo que los culpables de la violencia son los criminales. Pero, ¿a éstos qué se les puede pedir?, ¿qué se conmuevan y dejen de derramar sangre? Y luego, ¿dónde están? No. Fuera de los sectarios, —que van contra los intereses de la sociedad y de la patria, aferrándose a los colores de sus partidos a los cuales pertenecen el Presidente de la República, los gobernadores o los presidentes municipales— el resto tenemos meridianamente claro que en toda sociedad regida por leyes y por un Estado, éste es encargado de garantizar la paz y de proteger la vida y patrimonio de los gobernados. Para eso se le han confiado cuantiosos recursos públicos, armamentos sofisticados, salarios. Y, ¿cómo no exigir responsabilidades?, si “En 2007, el año previo al inicio del Operativo Conjunto Chihuahua, hubo 469 homicidios dolosos en todo el estado; en 2010, cinco mil 212. El operativo también ha significado que en tres años el número total de delitos se dispare de 34 mil a 66 mil, que el robo de vehículos se eleve en un 224%, que el número de secuestros denunciados se eleve de 21 a 190 anuales”, según lo asienta el Pronunciamiento de las organizaciones de la capital y del medio rural en el estado de Chihuahua. Con vistas

a estos números, ¿cómo no asociar el ascenso de la criminalidad a la política del gobierno federal, apoyada y aplaudida por los estatales?, ¿cómo ignorar que en la ciudad de Monterrey se multiplicó la violencia por diez cuando se pusieron en práctica las mismas medidas que en Chihuahua o Tamaulipas, es decir, la actuación masiva de militares, ya sea de la policía federal o del ejército?, ¿cómo no entender la lógica de la demanda que exige la retirada a sus cuarteles de estos cuerpos armados?

El movimiento detonado por la valerosa y comprometida actitud de Javier Sicilia ha recibido adhesiones y al mismo tiempo contribuciones en ideas, opciones, experiencias. No podía ser de otra manera. Cuando alguien se atreve a poner el dedo en la llaga de un problema con la magnitud del que se vive en México, todo el cuerpo social se retuerce y al remolino que provoca, han concurrido, en primer lugar, los dolientes inmediatos y directos, pero también muchos de aquellos que no desean esperar a que la tragedia llegue a sus vidas o acabe con ellas. En el camino, por intuición o por reflexiones previas, el grueso se ha convencido de que es necesario modificar buena porción de las relaciones políticas, de las instituciones públicas y de las reglas existentes. Por eso es que los temas de las mesas de trabajo en la jornada de Ciudad Juárez, abarcaban tópicos de una gran variedad y complejidad: Verdad y justicia desde las víctimas; fin de la estrategia de guerra; seguridad ciudadana con perspectiva de los derechos humanos; corrupción e impunidad; raíz económica del crimen organizado; alternativas para la juventud y medidas para la recuperación y reconstrucción del tejido social; democracia participativa y representativa; enlace y organicidad del movimiento; reforma laboral, desempleo y alternativas económicas; derechos y cultura indígenas; migración y alternativas en el campo.

Puede que sea muy difícil encauzar una movilización social como la desencadenada por la palabra de un hombre, del poeta y periodista Javier Sicilia. Pero, es incuestionable que en estas voces late el México altruista, solidario, el de aquellos que desean la paz, el trabajo y las libertades.